



La Fenomenología del Espíritu

Una introducción

Ramon Valls Plana

La *Fenomenología del Espíritu* cumple la función de introducción al saber filosófico (saber absoluto en el texto). El objetivo de Hegel es siempre la construcción del sistema, una construcción que consiste esencialmente en el trabajo de deducir las categorías del pensamiento plenamente objetivo. Ahora bien, tal deducción debe partir de un principio, pero desde el momento en que se renuncia a la intuición intelectual, surge el problema del acceso a este principio y su caracterización. En un sentido lato, por tanto, la *Fenomenología* asume la tarea de «deducir» (*Lógica*, Introd. p. 46) lo que habrá de ser el comienzo propiamente dicho del sistema.

Esta tarea se caracteriza equivalentemente como la conducción de la conciencia hasta el punto de vista absoluto. El hombre (la conciencia humana) no está desde siempre en el saber epistémico, firme y dotado de buenas razones, sino que se debate entre multitud de opiniones y «maneras de ver». Hegel, en la *Fenomenología* caracteriza estas «maneras de ver», a las que llama «figuras de conciencia» y las ordena en una sucesión o camino que la conciencia debe recorrer desde su forma más vulgar o ineducada (la conciencia sensible) hasta alcanzar el plano del saber absoluto.

Conviene notar varias cosas. Este «camino del alma» como el mismo Hegel lo llama, tiene una longitud determinada, tiene una serie finita de figuras y una estación final que se puede y se debe alcanzar. No se trata, por tanto, de un esfuerzo continuado que no consiga nunca su fin. Este camino incluye una serie de figuras que pertenecen sin duda al campo del saber, ya que la obra replantea originalmente el problema del conocimiento, pero al mismo tiempo rebasa continuamente ese planteamiento y alinea en la serie a varias figuras activas o prácticas, es decir, que no se trata solamente de «formas de ver» sino también de «formas de hacer». Sobre todo conviene señalar el carácter «negativo para la conciencia» que tiene este camino. En ello consiste precisamente el método dialéctico en la forma que éste toma dentro de la *Fenomenología*. En esencia, se trata de que la conciencia experimenta el paso de una a otra figura como una ruptura consigo misma, pero ese esfuerzo la lleva precisamente a la desaparición de la figura y a la aparición de otro modo de ver o hacer. Así resulta que la conciencia experimenta su camino como una continua pérdida. Pero en el fondo, dice Hegel, se trata de una ganancia porque la conciencia se libera progresivamente de unos modos de ver estrechos. Al perderlos, pierde solamente sus límites pero no pierde

lo positivo que ellos tenían. Ese significado positivo, sin embargo, permanece escondido en la propia conciencia. Solo podrá verlo al final.

Por ello, junto a la «conciencia que hace la experiencia», la cual está siempre limitada a su propio modo de ver, aparece en la *Fenomenología* otro personaje que siempre habla en plural y representa a la conciencia filosófica con toda su amplitud. Ésta recorrió ya todo el camino y desde el final interpreta «para nosotros» las distintas experiencias que jalonan la marcha. Esta interpretación consiste siempre en captar la necesidad de que a la conciencia le ocurra precisamente todo aquello que le va pasando. Gracias a esa interpretación, piensa Hegel que la *Fenomenología* adquiera su carácter más específico de introducción «filosófica» a la filosofía. La necesidad descubierta por la interpretación confiere al libro su estructura propia y con ello pierde el carácter de ser una simple descripción o narración de una serie de experiencias más o menos fortuitas. Experiencias que son las del propio Hegel, pero que él piensa tienen un carácter general.

De todo ello resulta que la *Fenomenología* es una obra de carácter muy complejo: aborda el problema del conocimiento pero también es una «odisea del espíritu», un camino de ascenso al saber con resonancias ascéticas un «*itinerarium mentis in Deum*», una novela pedagógica y una interpretación de la historia como proceso educativo de la libertad humana.

Sobre todo queremos destacar que el camino de formación o educación de la conciencia trata de reproducir individual y abreviadamente el camino histórico recorrido por el género humano. Por ello son muchas las figuras de conciencia con una referencia histórica clara. La eticidad es la «*polis*», la conciencia desgraciada es el hombre medieval, la razón es la modernidad a partir del Renacimiento, etc. En síntesis puede decirse que el camino descrito por la *Fenomenología* desemboca en la construcción de una subjetividad plural, intersubjetiva, que se presenta principalmente como «sujeto absoluto» o sujeto del saber epistémico superador de la pluralidad de opiniones. Pero este sujeto plural (que es lo que Hegel llama «espíritu») es a la vez sujeto político y sujeto religioso. Con ello consigue Hegel hacer coincidir tres grandes temas de nuestra cultura: filosofía, religión y política. El sujeto epistémico es, a la vez, el ciudadano educado y la comunidad del saber es, simultáneamente, la asamblea universal de los hombres libres, así como la realización de aquella comunidad en Dios anunciada por la religión.

El lector podrá ver por lo dicho que se trata de un libro original, fascinante por muchos motivos, pero a la vez de difícil lectura, mal construido y de una dudosa unidad, aunque el objetivo perseguido es muy claro: la formación de la conciencia contemporánea como punto de partida del saber riguroso. Por otra parte, se encuentran en el libro algunas figuras de conciencia cuya descripción e interpretación tienen su encanto y valor propios. La dialéctica del reconocimiento mutuo a través del lenguaje, tal como se presenta «para nosotros» al comienzo del capítulo IV es un texto magistral que ha tenido enorme repercusión en nuestro siglo. La dialéctica señor-siervo y la inversión de la relación de dominación por el trabajo del siervo es un texto que ha venido a ser antológico.

Al comienzo de la *Fenomenología*, Hegel colocó un prólogo escrito después de la redacción del libro, que constituye también una pieza única. En ella, Hegel formula su objetivo más allá de la *Fenomenología*, consistente en la construcción del sistema como única forma posible de saber riguroso, adaptado a las necesidades de su tiempo. Ello hace que el prólogo de la *Fenomenología* sea tanto un escrito programático anticipador de lo que será efectivamente el sistema, como también una buena transición desde la *Fenomenología* a la *Lógica*.

Lo esencial, dice Hegel en aquel prólogo, consiste en entender que la sustancia no es solamente sustancia sino también sujeto. Eso significa que Hegel se define respecto a Schelling y, más atrás, respecto a Spinoza. Por un lado prosigue la filosofía schellingiana de la identidad, ya que en ésta había convergido ya la filosofía del yo, de ascendencia fichteana, con la filosofía de la naturaleza, de ascendencia espinosiana. Pero al mismo tiempo, Hegel modifica seriamente la concepción de Schelling y zanja las vacilaciones de éste entorno a la «intuición intelectual». Si la filosofía de la identidad concebía el principio como lo idéntico indiferenciado o simple, que podía ser objeto de intuición, Hegel introduce la diferencia en el seno mismo de lo absoluto, lo hace así complejo y descarta de raíz la posibilidad de la discutida intuición.

En efecto, a lo largo de la *Fenomenología* ha debido quedar claro que en todas las figuras de conciencia se da escisión o diferencia interior. Ahora bien, a pesar de que el camino fenomenológico se proponga trascender los límites de todas figuras para alcanzar el plano ilimitado del saber sin más, Hegel entiende ahora, sin embargo, que ello no puede trascender la conciencialidad. Ha definido la conciencia por la negatividad que la escinde entre saber (subjetivo) y verdad (objetiva). Pues bien, este poder del sujeto de escindirse y oponerse a sí mismo desde dentro de sí ha de considerarse como el movimiento más original y radical de toda la realidad; es el movimiento mismo de la infinitud y no puede relegarse, por tanto, al campo de lo finito o limitado.

Hegel advierte que considerar a lo absoluto de este modo, a saber, dotado de negatividad, puede provocar un escándalo filosófico parejo al que provocó en otros tiempos la substancia única de Spinoza. Pero ello no le arredra porque considera que esta negatividad no es incompatible con la simplicidad y viene a dotar de movimiento o vida a lo absoluto, el cual se vería inmovilizado como el ser de Parménides si la simplicidad se entendiera como homogeneidad absolutamente indiferenciada.

De este modo la *Fenomenología* cumple la unificación en un solo principio de los dos principios de que hablaba todavía en el primer escrito de la época de Jena sobre la diferencia entre Fichte y Schelling. Allí se enumeraban como principios distintos a lo absoluto y a la conciencia, el primero era principio de unidad y el segundo de multiplicidad. Ahora, en el absoluto que es el sujeto, tenemos tanto el principio de unidad de todas las cosas como el principio de su variedad. En ello reside, a nuestro juicio, lo más específico de la filosofía de Hegel. A partir de ahí el sistema le fluyó sin vacilaciones importantes.

Hemos dicho ya, por ejemplo, cómo esta concepción le permite entender a lo absoluto como vida y como movimiento circular que pone las diferencias y las supera. Tenemos ahí los tres momentos de la dialéctica específicamente hegeliana (simplicidad o identidad, escisión o contraposición, reconciliación o articulación). Un movimiento que es tanto su interpretación de la trinidad cristiana, de la creación, encarnación y redención, como el movimiento de la historia del género humano que se escinde hasta la guerra de todos contra todos para avanzar desde ahí hacia la reconciliación universal por el reconocimiento mutuo de la libertad de todos.

Ramon VALLS PLANA (1928-2011) fue un profesor de filosofía en la Universidad de Barcelona y exjesuita especialista en Hegel. Durante las décadas 1960-1980 una serie de pensadores jesuitas, entre los cuales Eusebi Colomer y el propio Valls, divulgaron extensamente el pensamiento hegeliano.

La edición en papel de este artículo apareció en el libro *Los filósofos y sus filosofías*, (vol. II) coordinado por José-Manuel Bermudo. Ed. Vicens, Barcelona, 1983, pp.448-452.

Reproducción exclusiva para uso escolar.

«»

«»

«»